

CHARLES PERRAULT

CUENTOS
DE
PERRAULT

AUSTRAL

CHARLES PERRAULT
CUENTOS DE PERRAULT

Traducción
Carmen Martín Gaité

Ilustraciones
Gustave Doré





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Les contes de Perrault*
Éditions Seghers, París

Título original de los cuentos incluidos: *La Belle au bois dormant, Le Petit Chaperon rouge, La Barbe bleue, Le Maître Chat ou le Chat botté, Les Fées, Cendrillon ou la petite pantoufle de verre, Riquet à la houppe, Le Petit Poucet, Peau d'âne*

© de la traducción: Herederos de Carmen Martín Gaité, 2000

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral/Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Sandra Rilova

Primera edición en Austral: junio de 2023

Depósito legal: B. 9.702-2023

ISBN: 978-84-08-27238-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La bella durmiente del bosque



Había una vez un rey y una reina que no tenían hijos, y estaban tan tristes, tan tristes, que no hay palabras para pintar su pena. Fueron a todos los balnearios habidos y por haber; hicieron rogativas, peregrinaciones, novenas, todo se intentó, pero en vano.

Hasta que al fin un día la reina quedó encinta y dio a luz una niña. Se organizó un gran bautizo y se eligieron para madrinas de la princesita a todas las hadas que pudieron encontrarse en la comarca —y que fueron siete— para que cada una de ellas le otorgase un don, como siempre acostumbraban a hacer las hadas en aquellos tiempos, a fin de que la princesa llegase a reunir todas las perfecciones imaginables.

Concluida la ceremonia del bautizo, los invitados volvieron a palacio, donde se había preparado

un gran festín en honor de las hadas. A cada una se le había puesto un magnífico cubierto, con un estuche de oro macizo que contenía cuchara, tenedor y cuchillo, las tres piezas en oro fino guarnecido de diamantes y rubíes. Pero, cuando los comensales estaban sentándose a la mesa, vieron entrar a un hada vieja, a quien nadie se había acordado de invitar porque hacía más de cincuenta años que vivía recluida en su torreón y la creían muerta o encantada.

El rey hizo poner un cubierto también para ella, pero no hubo posibilidad de regalarle el estuche de oro macizo, como a las demás, porque no se habían encargado más que siete, para las siete hadas. La vieja lo tomó como un desaire y, entre dientes, se puso a rezongar maldiciones. Una de las hadas jóvenes, que estaba sentada a su lado, la oyó y, temiendo que pudiese formular algún deseo que amenazase la felicidad de la princesa, en cuanto se levantaron de la mesa, se fue a esconder detrás de unos cortinajes para poder ser la última en hablar y contrarrestar así, en la medida de lo posible, las maldiciones que echara la vieja.

A todo esto, las hadas ya habían empezado a formular sus buenos augurios para la princesa. La más joven le vaticinó que no habría en todo el mun-

do un ser más hermoso, la segunda que tendría el espíritu de un ángel, la tercera que desempeñaría con gracia admirable todo cuanto se pusiera a hacer, la cuarta que danzaría divinamente, la quinta que cantaría como un ruiseñor y la sexta que tañería a la perfección toda clase de instrumentos. Cuando le llegó su turno, el hada vieja, con la cabeza sacudida por un temblor que más se debía al despecho que a la vejez, dijo que la princesa había de atravesarse la mano con un huso y que, de resultas de ello, moriría.

Este terrible agüero estremeció a todos los circunstantes y no hubo una sola persona que no rompiese a llorar. Entonces fue cuando el hada joven salió de detrás de la cortina y en voz muy alta dijo estas palabras:

—No os aflijáis, mis señores; vuestra hija no morirá. Bien es verdad que no poseo el poder suficiente para deshacer por completo el maleficio de mi antecesora. La princesa, efectivamente, se atravesará la mano con un huso; pero, en vez de morir, caerá en un sueño tan profundo que ha de durar cien años; al cabo de ellos, el hijo de un rey vendrá a despertarla.

El rey, por si acaso, y deseando evitar la desgra-

cia vaticinada por la vieja, hizo publicar un bando mediante el cual se prohibía a las gentes de cualquier clase y condición hilar con rueca, ni tener husos o ruecas en su casa bajo pena de muerte.

Pero al cabo de quince o dieciséis años, un día que el rey y la reina habían ido a holgar a una de sus fincas de recreo, sucedió que la princesita, que andaba recorriendo el castillo y entrando una por una en todas sus estancias, subió hasta lo alto de un torreón y había allí un pequeño desván donde se encontró con una viejecita que estaba sola hilando en su rueca. Era una pobre mujer a cuyos oídos no había llegado la prohibición dictada por el rey ni sabía nada de ella.

—¿Qué hacéis aquí, buena señora? —le preguntó la princesa.

—Nada, hermosa niña, estoy hilando —le contestó la vieja, que no la conocía.

—¿Hilando? ¡Oh, qué bonito! —repuso la princesa—. ¿Cómo lo hacéis? Dejadme que pruebe a ver si me sale a mí.

No había hecho más que agarrar el huso cuando, vivaracha y un poco atolondrada como era, y obedeciendo, por otra parte, a la premonición de las hadas, se atravesó la mano y cayó en el suelo desvanecida.

La pobre vieja gritó muy asustada pidiendo socorro, llegó gente de la casa por todas partes, le echaron a la princesa agua en el rostro, le aflojaron las ropas, le pegaron golpecitos en las manos, le fro-taron las sienes con agua de la reina de Hungría, pero inútil, nada conseguía hacerla volver en sí.

En este punto, el rey, que había llegado a palacio y acudido presuroso al tumulto de las voces, revivió en su memoria la predicción de las hadas, y com-prendiendo que según aquellas advertencias lo que había ocurrido era irreparable, hizo trasladar a la princesa a la estancia más hermosa del palacio y co-locarla encima de una cama con bordados de oro y plata. Parecía talmente un ángel de guapa que esta-ba, porque su desvanecimiento no había consegui-do robar a su tez los vivos colores; tenía las mejillas enrojecidas y los labios como el coral; solamente los ojos los tenía cerrados, pero la dulce respiración que se escapaba de sus labios daba fe de que no estaba muerta. El rey ordenó que la dejaran dormir sin mo-lestarla hasta que le llegase su hora de despertar.

Cuando la princesa sufrió el accidente referido, el hada buena que le había salvado la vida, aun a costa de condenarla a dormir cien años, se encon-traba en el reino de Mataquín, a doce leguas de

aquel lugar, pero fue avisada al instante por un enanito que poseía las botas de siete leguas, unas botas que se llamaban así por ser capaces de recorrer siete leguas de una sola zancada. El hada se puso en camino inmediatamente y, al cabo de una hora, se la vio llegar en una carroza de fuego tirada por dragones; enseguida el rey se adelantó a ofrecerle la mano para ayudarla a descender de la carroza.

Ella aprobó todo cuanto el rey había dispuesto, pero como era enormemente previsora y estaba en todo, imaginó lo desconcertada que se sentiría la princesa cuando le llegara la hora de despertar al encontrarse completamente sola en aquel viejo castillo.

Así que veréis lo que hizo: todo lo que había en el castillo, menos las personas del rey y la reina, lo fue tocando con su varita mágica: dueñas, damas de honor, azafatas, gentilhombres, oficiales, chambelanes, cocineros, marmitones, pinches de asador, guardias, alabarderos, pajes, lacayos; tocó también a todos los caballos que estaban en las caballerizas y a sus palafreneros, a los mastines del patio de entrada y a Puf, la perrita de la princesa, que estaba a su lado, echada encima de la cama. Nada más poner la varita mágica sobre ellos se iban quedando profundamente dormidos con un sueño que había de du-

rar tanto como el de su ama, con el fin de que pudieran estar listos para servirla cuando ella los volviera a necesitar. Los mismos espetones que estaban al fuego con perdices y faisanes ensartados se quedaron también dormidos, y el fuego, igual. Todo esto ocurrió en unos instantes: las hadas despachan volando su cometido.

Después el rey y la reina, tras haber besado y abrazado a su querida hija sin que esta se despertara, salieron del castillo para siempre, dejando antes publicada la prohibición de que nadie, quienquiera que fuese, se volviera a acercarse por allí. Esta prohibición, por otra parte, resultaba inútil, porque en el transcurso de un cuarto de hora fue tal la profusión de arbustos, zarzas y matorrales que crecieron sin saber cómo en torno al parque, entrelazándose unos con otros, que a ningún hombre ni animal le hubiera sido posible el acceso al castillo, del cual solo se columbraba, entre la maleza, la cúspide de las torres, y para eso tenía que ser desde muy lejos. No puede haber la menor duda de que también en esto intervino la varita del hada, con el propósito de que el sueño de la princesa no viniera a ser turbado por el asalto de los curiosos.

Al cabo de cien años, el hijo de un rey, a la sa-

zón reinante, pero de otro linaje distinto al de la princesa durmiente, yendo un día de caza por aquellos parajes, se sintió intrigado a la vista de las torres que sobresalían por encima de tanta espesura y preguntó a algunos habitantes del lugar que qué era aquello. Cada uno le dio una respuesta diferente, de acuerdo con las versiones que ellos, a su vez, habían escuchado. Unos le dijeron que era un viejo castillo por el que vagaban fantasmas, otros que servía de albergue a los brujos de la comarca, quienes se reunían allí a celebrar sus aquelarres. Pero la opinión más difundida era la de que estaba habitado por un ogro que llevaba allí a cuantos niños caían en su poder para comérselos a sus anchas, sin que nadie hubiera sido nunca capaz de seguirle, pues solo él tenía la facultad de abrirse camino a través de la maleza. Se hallaba el príncipe confuso sin saber a cuál de todas aquellas versiones dar crédito, cuando un viejo lugareño tomó la palabra y le dijo:

—Hace ya más de cincuenta años, señor, le oí referir a mi padre que en ese castillo se encuentra una princesa, la más bella del mundo, condenada a permanecer dormida durante cien años, y que el hijo de un rey, para quien estaba destinada, habría de venirla a despertar.

El príncipe, al escuchar estas palabras, se quedó enardecido, pues ni por un momento se le ocurrió dudar que fuese él el llamado a rematar tan bella aventura, y, acuciado por el amor y por el afán de heroísmo, decidió ver con sus propios ojos y sobre el terreno qué era lo que realmente pasaba allí.

No hizo más que acercarse al bosque que rodeaba al castillo cuando todos aquellos arbustos, matorrales y zarzas se apartaron por sí mismos para dejarle paso: se encaminó hacia el castillo que se columbraba al final de una gran avenida por la que había echado a andar, y cuál no sería su sorpresa al notar que ninguno de sus acompañantes habían podido seguirle, pues la maleza se volvió a cerrar sobre ellos tan tupida como antes, en cuanto él hubo pasado. Pero, a pesar de todo, siguió su camino: a un príncipe joven y enamorado jamás le abandona el valor.

Entró en un amplio patio donde, a primera vista, todo lo que se ofrecía a la mirada era capaz de helar de terror. Reinaba un silencio sepulcral y una serie de cuerpos de hombres y animales inmóviles y tendidos por doquier parecían evocar la imagen misma de la muerte. Pero luego, al reparar en la nariz granujenta y la faz roja de los alabarderos, cayó en la cuenta de que parecían estar vivos; en el

fondo de los vasos abandonados descubrió algunos restos de vino, o sea que debían haberse quedado dormidos mientras bebían.

Atravesó un gran patio con pavimento de mármol, subió las escaleras, llegó a la sala de guardias y los vio alineados en fila, con la carabina al hombro y roncando a sus anchas. Atravesó varias cámaras más llenas de gentilhombres, y de damas, todos durmiendo, unos de pie, sentados los otros. Al fin entró en una habitación toda de oro y allí, encima de un lecho con todas las cortinas descorridas, contempló el más hermoso espectáculo que había visto en su vida: una princesa dormida que representaba quince o dieciséis años y cuyo rostro estaba bañado de una divina luminosidad.

Se acercó tembloroso y fascinado y se arrodilló junto a ella. En ese mismo momento, como el final del hechizo había llegado, la princesa se despertó y, mirándole con unos ojos mucho más tiernos de lo que hubiera sido normal en un primer encuentro, le dijo:

—¿Sois vos, príncipe mío? ¡Oh, cuánto os habéis hecho esperar!

El príncipe, embelesado al oírla, más que por las palabras mismas por el tono con que las pronun-

ciaba, no sabía cómo demostrarle su alegría y reconocimiento, y le juró que la amaba más que a sí mismo. Su discurso era más bien torpe, por eso convencía más: la poca elocuencia y el mucho amor son dos buenos aliados para introducirse en los corazones. Se mostraba menos cohibida ella, pero eso no es de extrañar, pues había tenido mucho más tiempo para soñar con lo que le diría cuando llegase, y es muy probable —aunque la historia no aclara este detalle— que el hada buena se hubiese preocupado, en el transcurso de aquellos años, de poblar de fantasías agradables el largo sueño de su protegida. Total, que llevaban cuatro horas hablando y todavía no se habían dicho ni la mitad de las cosas que se tenían que decir.

A todo esto, con la princesa se había despertado el palacio en pleno y cada cual se había puesto a atender sus tareas; pero como no todos estaban enamorados, notaban un hambre canina. La dama de honor, tan hambrienta como el que más, vino a anunciar a la princesita que la comida estaba servida. El príncipe la ayudó a levantarse; estaba completamente vestida y aderezada con gran magnificencia, pero él se guardó prudentemente de decirle que el cuello alto que llevaba le recordaba los de los ves-

tidos de su abuela, aunque esto no le restara belleza en absoluto.

Pasaron a un salón todo de espejos y allí se sentaron a cenar, servidos por los criados de la princesa; los violines y los oboes tocaron piezas antiguas pero excelentes, aunque hacía casi cien años que nadie las tocaba; y una vez que hubieron cenado, sin pérdida de tiempo, el capellán los casó en la capilla de palacio, y la dama de honor les corrió las cortinas: durmieron poco, claro que la princesa mucha necesidad no tenía, y a la mañana siguiente el príncipe la dejó para volver a la corte de su padre pues pensaba que debía estar preocupado por él.

El príncipe contó a su vuelta que, estando de caza, se había perdido en el bosque y había hecho noche en la choza de un leñador que le había dado de cena pan negro y queso. El rey, su padre, que era muy buena persona, le creyó, pero la reina no se quedó convencida del todo; y luego, al ver que casi todos los días salía de caza y que cuando dormía dos o tres días fuera siempre se inventaba algún pretexto para excusarse, ya no le cupo duda de que andaba en amoríos; así vivió con la princesa más de dos años enteros y tuvo dos niños con ella, la primera una niña a quien pusieron de nombre Aurora y lue-

go un niño a quien llamaron Día, porque les pareció todavía más hermoso que su hermana.

La reina, por ver de sonsacar a su hijo, le decía muchas veces que hay que ser felices en la vida, pero él nunca se atrevió a declararle su secreto. Le tenía mucho miedo, aunque la quería, porque era de raza de ogros y el rey solo se había casado con ella por su gran fortuna. Se había llegado a cuchichear en la corte que tenía inclinaciones de ogresa y que, cuando veía niños pequeños, le costaba Dios y ayuda reportarse y no echarse sobre ellos. Así que el príncipe no le quiso decir nunca nada.

Pero a la muerte del rey, que ocurrió al cabo de dos años, viéndose dueño y señor de todo el reino, declaró públicamente su matrimonio, y fue con gran pompa al castillo a buscar a la reina, su mujer. Se le dispensó un recibimiento magnífico en la corte, donde entró en medio de sus dos hijos.

Algún tiempo después, el rey fue a guerrear contra su vecino el emperador Cantalabutte y dejó como regente del reino a su madre, encomendándole muy encarecidamente que cuidara de su esposa y de sus hijos. Tenía que estar ausente todo el verano, y, en cuanto se marchó, la reina madre mandó a su nuera y a sus nietos a una casa en mitad del bosque

para poder satisfacer, a sus anchas, su terrible deseo. Pocos días después se fue allí y dijo a su maestresala:

—Mañana, de almuerzo, quiero comerme a Aurorita.

—¡Por Dios, señora! —exclamó el maestresala.

—¡Me apetece! —dijo la reina con el tono de ogresa que desea carne fresca—. Y la quiero en salsa verde.

Aquel pobre hombre, comprendiendo que una ogresa no admite bromas, cogió su gran cuchillo y fue en busca de Aurorita. Tenía esta, a la sazón, cuatro años, y vino saltando y riendo a echarle los brazos al cuello y a pedirle un caramelo. Él se echó a llorar, el cuchillo se le cayó de las manos y se dirigió a las corralizas a degollar un corderito, que preparó con una salsa tan buena que su señora le aseguró que nunca había comido nada tan delicioso. Al mismo tiempo agarró a Aurorita y se la llevó a su mujer para que la escondiera en la vivienda que tenía al fondo del corral.

Ocho días después, la perversa reina dijo a su maestresala:

—Hoy quiero, para cenar, al pequeño Día.

El hombre no replicó, resuelto a engañarla como la otra vez. Fue a buscar a Día y le encontró con un florete en la mano, aunque solo tenía tres años, ensayándose en las armas con un gran simio.

Se lo llevó a su mujer, que lo escondió junto con Aurorita, y se lo sustituyó a la ogresa por un cabritillo muy tierno que ella encontró delicioso.

Hasta aquí todo había ido bien, pero una tarde la malvada reina dijo al maestresala:

—Quiero que me sirvas a la reina en la misma salsa que sus hijos.

El pobre hombre, entonces, perdió las esperanzas de poderla volver a engañar. La joven reina tenía veinte años cumplidos, sin contar los cien que se había pasado durmiendo: su piel, aunque tersa y blanca, estaba un poco dura, ¿y cómo encontrar en el aprisco un animal tan duro? Así que, para salvar su vida, optó por sacrificar la de la reina joven y se dirigió a su habitación, resuelto a no pensarlo dos veces; trataba de excitarse hasta el furor y así entró en el cuarto de la reina, puñal en mano. Pero como no quería matarla por sorpresa, le explicó, con todo respeto, la orden que había recibido de la reina madre.

—Cumplid con vuestro deber —le dijo ella presentándole el cuello—, cumplid la orden que se os ha dado; iré a reunirme con mis hijos, mis pobrecitos hijos a quienes tanto amaba. (Porque los creía muertos desde que se los habían secuestrado sin decirle nada.)

—Oh, no, eso no, señora —le respondió el pobre maestra sala todo enternecido—, ni moriréis ni dejaréis de volver a ver a vuestros queridos niños, pero en mi casa, que es donde los tengo escondidos; y volveré a engañar a la reina una vez más, sirviéndole, en vuestro lugar, una cierva joven.

Luego la llevó a la habitación de su mujer donde la dejó llorando abrazada a sus hijos, mientras él iba a preparar una cierva que la reina comió de cena con el mismo apetito que si de la reina joven se hubiera tratado. Estaba muy satisfecha de su crueldad y tenía pensado contarle al rey, a su regreso, que los lobos furiosos se habían comido a su mujer y sus hijos.

Una tarde que andaba dando vueltas, como solía, por los patios y los corrales del castillo por ver si olfateaba algo de carne fresca, oyó llorar en un cuarto de abajo a Día, a quien su madre intentaba castigar porque había sido malo, y también la voz de Aurora, pidiendo perdón para su hermano.

La ogresa reconoció por la voz a la reina y a sus hijos y, furiosa por haber sido engañada, a la mañana siguiente muy temprano y con una voz tan terrible que hacía temblar, ordenó que trajeran al medio del patio una enorme cuba que mandó llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes, para que fue-

ran arrojados a ella la reina y sus hijos junto con el maestresala, su mujer y su criada, todos ellos con las manos atadas a la espalda.

Ya estaban todos allí y los verdugos se disponían a echarlos en la cuba, cuando de pronto el rey, a quien nadie esperaba tan pronto, entró en el patio a caballo; había venido por la posta y preguntó lleno de sorpresa qué significaba tan horrible espectáculo. Nadie se atrevía a aclarárselo, hasta que de pronto la ogresa, con la rabieta de lo que estaba pasando, se tiró ella misma de cabeza a la cuba y fue inmediatamente devorada por las espantosas alimañas que había hecho meter dentro.

El rey no dejó de sentirlo, pues al fin y al cabo era su madre; pero pronto se consoló con su hermosa mujer y sus queridos hijos.

MORALEJA

*Esperar algún tiempo a tener un marido,
Rico, de buen talle, galante y dulce,
Es cosa bastante natural,
Pero esperar cien años, y sin dejar de dormir,
No se encuentra ya una mujer que duerma tan tranquila.*

*El cuento parece además querernos dar a entender
Que con frecuencia los gratos lazos del himeneo,
No por ser aplazados, resultan menos felices,
Y que nada se pierde por esperar;
Pero con tanto ardor el sexo
Aspira a la fe conyugal,
Que no tengo corazón ni fuerzas
Para predicarle esta moraleja.*